

BORGES Y EL ENCUENTRO: "LA ESCRITURA DEL DIOS"

DANIEL BALDERSTON

Tulane University, New Orleans, Louisiana

La polémica en torno al Quinto Centenario presta una nota de seriedad a la discusión de "La escritura del dios", el único cuento de Borges que trata de la invasión española del llamado Nuevo Mundo. El narrador del cuento es un sacerdote maya, Tzinacán, encarcelado desde la conquista de Guatemala (1524-27) por Pedro de Alvarado; intenta descubrir la ubicación de una inscripción mágica hecha por su dios en el momento de la creación. Su cárcel es la mitad de una celda cilíndrica, en el techo de la cual una ventanita es abierta diariamente por un guardia que hace bajar un jarrón de agua y un plato de carne. La otra mitad del cilindro la ocupa un jaguar, vislumbrado por un instante al mediodía cuando se abre la ventanita. El cuento consiste en una serie de revelaciones: que el mensaje del dios está inscrito en el jaguar, que es una fórmula de catorce palabras, que una vez que Tzinacán la haya descifrado ya no le interesa pronunciarla. El cuento termina, pues, con un gran acto de renunciación, porque si Tzinacán pronunciara la fórmula mágica, restauraría el viejo orden y se haría todopoderoso.

En el cuento no se explica casi nada del contexto cultural o histórico; Tzinacán da por sentado la tradición de la que procede y el carácter de su profesión. Por supuesto no se identifica como "maya", ya que esta categorización no tendría un sentido único para él en el mundo fragmentado de los reñidos estados quichés y cakchiqueles en la Guatemala de la primera mitad del siglo dieciséis. Hay una breve referencia hacia el final del cuento al emperador azteca Motecuzomah II: "Cuarenta sílabas, catorce palabras, y yo, Tzinacán, regiría las tierras que rigió Moctezuma" (*Obras completas*, pág. 599); algunos críticos se han engañado con esta frase y piensan que Tzinacán es un sacerdote azteca (y otro factor que se presta a esta equivocación es el hecho de que el nombre Tzinacán es náhuatl y no maya). Sin embargo, hay también una referencia inequívoca al *Popol Vuh*, el libro sagrado quiché escrito después de la invasión española en el alfabeto romano, versiones del cual formaban elementos comunes de las culturas de los distintos pueblos de ascendencia maya en Guatemala y México:

Vi los orígenes que narra el Libro del Común. Vi las montañas que surgieron del agua, vi los primeros hombres de palo, vi las tinajas que se volvieron contra los hombres, vi los perros que les destrozaron las caras. Vi el dios sin cara que hay

detrás de los dioses. Vi infinitos procesos que formaban una sola felicidad y, entendiéndolo todo, alcancé también a entender la escritura del tigre. (pág. 599)

Lo que propongo hacer aquí es reconstruir lo que Borges pudo saber de las culturas mayas en 1949 (cuando se publicó el cuento), atar los cabos sueltos culturales en el relato de Tzinacán, y especular sobre el sentido del desenlace del cuento, cuando Tzinacán resuelve aceptar la aniquilación.

El "Tzinacán" histórico fue cacique de los cakchiqueles en Iximché. En cakchiquel se llamaba Ahpozotzil (que significa "el rey murciélago" [Kelly, pág. 132] o "guardián del petate del murciélago" [Tedlock, pág. 183]). Se menciona en el *Popol Vuh*, en la discusión de las diferencias lingüísticas y religiosas entre los quichés y sus vecinos y tradicionales enemigos, los cakchiqueles. La traducción de Recinos es la siguiente: "Ahora bien, la lengua de los cakchiqueles es diferente, porque era diferente el nombre de su dios cuando vinieron de allá de Tulán-Zuyva. *Tzotzihá Chimalcán* era el nombre de sus dios, y hablan hoy una lengua diferente; y también de su dios tomaron su nombre las familias *Ahpozotzil* y *Ahpoxá*, así llamadas" (pág. 201). Aquí Recinos agrega una nota que sin lugar a dudas es la fuente inmediata que utiliza Borges: "*Ahpozotzil* y *Ahpoxahil* eran los nombres del rey de los cakchiqueles y de su adjunto y heredero. Los españoles dieron al primero, que gobernaba en 1524, el nombre de Sinacán, del náhuatl *Tzinacán*, que también significa murciélago" (pág. 201n.). Uno de los españoles aquí mencionados es Bernal Díaz del Castillo, hacia el final de cuya *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* se puede leer de una herida que sufrió en el combate en contra de los cakchiqueles de Iximché (t. 2, págs. 347-48). El incidente en cuestión ocurrió después de la conquista inicial de los quichés por parte de Pedro de Alvarado en 1524 (ayudado en este momento por los cakchiqueles, según nos informan los *Anales de los Cakchiqueles*, como Cortés había gozado de la ayuda de los tlaxcaltecas en su guerra en contra de los aztecas), y al poco tiempo de la destrucción de la capital quiché Utlatlán por Alvarado. Apenas dos años más tarde, las relaciones entre Alvarado y los cakchiqueles se enfriaron de tal manera que Ahpozotzil/Tzinacán buscó una alianza con el cacique quiché Sacachul para pelear en contra de los españoles. Después de esta rebelión, a su vez, Alvarado arrasó la capital cakchiquel Iximché, y comenzó la construcción de la ciudad española Santiago de Guatemala. La destrucción de la pirámide sagrada al dios Qaholom donde Tzinacán celebró los ritos sagrados puede haberse producido, entonces, en Iximché en 1526, aunque sin duda Borges se ha servido del material más abundante sobre la destrucción de Utlatlán en 1524.

El dios de Tzinacán, Qaholom, se menciona con frecuencia en el *Popol Vuh*, usualmente en conjunto con su contrapartida femenina Alom. La tercera frase del preámbulo del libro sagrado anuncia: “Y aquí traeremos la manifestación, la publicación y la narración de lo que estaba oculto, la revelación por *Tzacol, Bitol, Alom, Qaholom*” (Recinos, págs. 85-86). De los numerosos pasajes posteriores donde Alom y Qaholom aparecen juntos, nos interesa destacar el momento cuando los dos dioses se dirigen a los cuatro héroes recién creados, Balam-Quitzé, Balam-Acab, Mahucutah y Iqui-Balam:

Entonces les preguntaron el Creador y el Formador [Alom y Qaholom]: —¿Qué pensáis de vuestro estado? ¿No miráis? ¿No oís? ¿No son buenos vuestro lenguaje y vuestra manera de andar? ¡Mirad, pues! ¡Contemplad el mundo, ved si aparecen las montañas y los valles! ¡Probad, pues, a ver! (pág. 190)

La referencia explícita al *Popol Vuh* mencionada antes se sirve de siete elementos distintos de aquel libro, y no deja de ser significativo que estos elementos de la escritura sagrada se vuelven más vívidos para Tzinacán cuando los ve en su *visión*. “Vi”: lo dice nueve veces en cinco frases. Los que siguen son algunos de los elementos del *Popol Vuh* que presencia el sacerdote:

“Vi las montañas que surgieron del agua . . . / “Como la neblina, como la nube y como una polvareda fue la creación, cuando surgieron del agua las montañas; y al instante crecieron las montañas” (pág. 92) “ . . . vi los primeros hombres de palo” / “Y al instante fueron hechos los muñecos labrados en madera. Se parecían al hombre, hablaban como el hombre y poblaron la superficie de la tierra” (págs. 98-99) “ . . . vi las tinajas que se volvieron contra los hombres” / “Y se pusieron todos a hablar; sus tinajas, sus comales, sus platos, sus ollas, sus perros, sus piedras de moler, todos se levantaron y les golpearon las caras” (págs. 103-4) “ . . . vi los perros que les destrozaron las caras.” / “Ahora nosotros os destruiremos, ahora probaréis vosotros los dientes que hay en nuestra boca; os devoraremos, dijeron los perros, y luego les destrozaron las caras” (pág. 101)

Lo importante de la *visión* de Tzinacán aquí es justamente que es una *visión*: no se hace hincapié en el acto de leer (o en su recuerdo de haber leído) el libro sagrado, sino en que el libro cobre vida. Al obedecer el mandato del dios creador de ver, Tzinacán ha logrado librarse de un estupor intelectualizado: aunque esté en la cárcel, está contemplando el mundo, como mandó el dios. Lo que interesa es el resultado de su meditación.

La meditación de Tzinacán se enfrenta tácitamente al pensamiento cartesiano y otras reflexiones europeas sobre la identidad y la existencia, pero a diferencia de éstos, para Tzinacán la duda filosófica se convierte en el fundamento de la experiencia mística:

El éxtasis no repite sus símbolos; hay quien ha visto a Dios en un resplandor, hay quien lo ha percibido en una espada o en los círculos de una rosa. Yo vi una Rueda altísima, que no estaba delante de mis ojos, ni detrás, ni a los lados, sino en todas partes, a un tiempo. Esa Rueda estaba hecha de agua, pero también de fuego, y era (aunque se veía el borde) infinita. Entrelazadas, la formaban todas las cosas que serán, que son y que fueron, y yo era una de las hebras de esa trama total, y Pedro de Alvarado, que me dio tormento, era otra. Ahí estaban las causas y los efectos y me bastaba ver esa Rueda para entenderlo todo, sin fin. (págs. 598-99)

De nuevo aquí Tzinacán, el sacerdote jaguar (o Chilam Balam) dialoga con el Viejo Mundo: su *visión* se enfrenta a las de San Pablo en el camino a Damasco (el resplandor), de Mahoma (la espada), del místico sufí 'Abdu'l-Qadir (la rosa). El símbolo escogido para la *visión* que tiene Tzinacán de la divinidad puede parecerse problemático, ya que los mayos como los demás pueblos precolombinos no utilizaban la rueda, y ya que la rueda es un símbolo importante en el budismo. Pero Borges no ha convertido a Tzinacán al budismo aquí (a pesar de los indudables ecos budistas en su aceptación posterior de la aniquilación), ya que la rueda se utiliza en los libros de Chilam Balam (libros, es decir, del sacerdote jaguar) como imagen del gran círculo del tiempo (León-Portilla, *Tiempo y realidad en el pensamiento maya* 59, 61). Aquí otro detalle confirma la precisión referencial con que está hecho el relato. Dentro de las ruedas engranadas de los distintos ciclos temporales del calendario maya, los días eran sagrados, siendo dioses ellos mismos. Cuando Tzinacán dice que la fórmula mágica es una frase de catorce palabras, confirma su vocación como sacerdote del dios jaguar y la integridad de su comprensión del universo físico, ya que el catorce (*ix*) era número sagrado al dios jaguar. León-Portilla (basándose en Barrera Vázquez /pág. 193/) nos informa que el día catorce (*ix*) es “reiterada aparición del dios jaguar en relación con la tierra y el mundo de abajo” (pág. 52). Eric Thompson, a su vez, confirma la relación entre el dios jaguar y la tierra (pág. 231). ¿Por qué, pues, rechaza Tzinacán el don que le ofrece el dios jaguar, el don del poder terrenal (y con él, la posibilidad de vengarse a Pedro de Alvarado, ofreciéndole al dios el corazón del invasor /pág. 599/)? La respuesta está escondida en unas frases anteriores en el cuento, pero para entenderlas tendremos que examinar brevemente las ideas mayas sobre la relación entre el tiempo y el espacio.

Thompson ha expresado la dificultad que nos impide comprender el pensamiento maya sobre el tiempo y el espacio, por la mezcla del pasado y el futuro en los libros proféticos (pág. 14). Agrega que “el tiempo futuro les interesaba menos que el tiempo pasado” (pág. 140). Debido al diseño intrincado del calendario maya, con sus ruedas dentro de otras ruedas, un alineamiento dado no se repetiría por muchísimo tiempo. El tiempo en sí era divino, y la precisión con la que se calculaba su avance servía el arte de la adivinación pero también, y tal vez esto era de igual importancia, reflejaba una obsesión con el tiempo mismo.

Esta obsesión sobrepasaba todo lo demás. Explica León-Portilla que “/I/ucra de éste /el tiempo/ el espacio resulta impensable” (pág. 91). Así, cuando Tzinacán dice hacia el principio del cuento, “He perdido la cifra de los años que yazgo en la tiniebla” (pág. 596), expresa lo que para él tiene que ser la mayor tragedia, y la mayor humillación, imaginables: no sabe dónde está en el calendario sagrado. Aunque sus recuerdos del *Popol Vuh* y de las artes de la adivinación todavía estén claros, la pérdida de la sincronía significa su incapacidad de restaurar el universo como se debe. El tiene que aniquilarse; el universo también tiene que aniquilarse para crearse de nuevo.

Su tragedia, entonces, se debe en gran parte a la oscuridad de su cárcel, y al resultado psíquico que tiene ésta: tiene un sentimiento casi europeo, casi burgués, de su propia individualidad: “Cuarenta sílabas, catorce palabras, y yo, *Tzinacán*, regiría las tierras que rigió Moctezuma” (pág. 599, nosotros subrayamos). El poder terrenal, aunque esté asociado con el culto del dios jaguar, aunque ofrezca la posibilidad de una dulce venganza, es inútil sin la sincronía, sin la coordinación de cacique, comunidad, dioses, tierra. “Me sentí perdido” (pág. 598), dice Tzinacán, y la expresión se sirve de un concepto cartesiano de soledad y autonomía, pero lo exprimenta como pérdida.

Escribe Eric Thompson: “Aún en los fragmentos históricos de las transcripciones coloniales que se conservan en los libros de Chilam Balam, se concede muy poca importancia a las acciones de individuos, y se mencionan apenas cuando la acción individual afectó la historia” (pág. 168). La palabra quiché *tzih* significa, según Recinos, “palabra, opinión, historia, suerte o destino” (pág. 206n.), entonces la mera idea de un individuo “afectando la historia” es algo errónea, ya que lo que sucede es lo que está destinado a suceder. Lo que Tzinacán y los demás sacerdotes podían hacer era descubrir el diseño implícito en el desarrollo de la historia (León-Portilla, *Tiempo y realidad*, pág. 63). Así, Tzinacán expresa su descubrimiento de la individualidad como una derrota:

Quien ha entrevisto el universo, quien ha entrevisto los ardientes designios del universo, no puede pensar en un hombre, en sus triviales dichas o desventuras, aunque ese hombre sea él. Esc hombre *ha sido él* y ahora no le importa. Qué le importa la suerte de aquel otro, qué le importa la nación de aquel otro, si él, ahora es nadie. Por eso no pronuncio la fórmula, por eso dejo que me olviden los días, acostado en la oscuridad. (pág. 599)

Este acto de renuncia casi budista puede parecer bello, pero es producto de una gran tragedia humana, casi borrada del relato de Tzinacán. Sin embargo, todavía se puede leer lo borrado, como lo demuestra esta cita, cuando refiere las dimensiones de la tragedia. “Qué le importa la suerte de aquel otro, *qué le importa la nación de aquel otro*”: Tzinacán es el sacerdote jaguar que oficiaba los ritos en su comunidad, vinculando el tiempo, el espacio, a sí mismo y a la comunidad. El título de su libro sagrado lo implica también: es el “Libro del Común,” el Libro del Concejo. El sentido literal es más bien “Libro del Petate”, y el petate (también presente en el nombre cakchiquel de Tzinacán, Ahpozotzil o “Guardián del Petate del Murciélago”) era el símbolo de las interrelaciones entre la comunidad y el universo, más o menos como nuestra palabra *texto*. En su prisión solitaria, Tzinacán pierde toda noción del tiempo; también, y sin duda como consecuencia de esto, se olvida de su comunidad. Aun si no tuviera deseos de poder o gloria individuales, podría pronunciar la fórmula para así restaurar su comunidad a su debido lugar en el universo, pero al olvidarse a sí mismo se olvida de ellos. En las palabras del libro de Chilam Balam de Tizimín:

Hubo caciques:

Hubo señores.

Eso se acabó—

Ahora ya no . . .

El tiempo ha pasado

Y se ha deshilvanado . . .

Esa es la palabra del *katún*

Que viene. (Edmonson, *Ancient Future*, pág. 161)¹

¹ Esta es una versión abreviada de un artículo que está por aparecer en *Cuadernos Hispánicoamericanos*, y que formará parte de un libro mío, *Out of Context: Historical Reference and the Representation of Reality in Borges*, que será publicado a comienzos de 1993 por Duke University Press.

OBRAS CITADAS

- Barrera Vásquez, Alfredo, y Silvia Rendón. *El Libro de los Libros de Chilam Balam*. México: Fondo de Cultura Económica, 1948.
- Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1974.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de España*. Crónicas de América 2b. Madrid: Historia 16, 1985. 2 vols.
- Edmonson, Munro S. *The Ancient Future of the Itza: The Book of Chilam Balam of Tizimin*. Austin: University of Texas Press, 1982.
- Kelly, John Eoghan. *Pedro de Alvarado, Conquistador*. Princeton: Princeton University Press, 1932.
- León-Portilla, Miguel. *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*. 2a ed. México: Universidad nacional Autónoma de México, 1986.
- Recinos, Adrián. *Memorial de Sololá, Anales de los Cakchiqueles, Título de los Señores de Totonicapán*. México: Fondo de Cultura Económica, 1950.
- *Popul Vuh: las antiguas historias del Quiché*. Mexico City: Fondo de Cultura Económica, 1947.
- Tedlock, Dennis. *Popul Vuh: The Mayan Book of the Dawn of Life*. Nueva York: Simon & Schuster, 1985.
- Thompson, J. Eric S. *The Rise and Fall of Maya Civilization*. Norman: University of Oklahoma Press, 1954.